

## La psicopatología perdida

Carlos Maffi

*La oposición adulto/infantil de Freud concierne, por un lado, a la vida sexual (sexualidad infantil/sexualidad adulta); por otro, a las capacidades cognoscitivas (teorías infantiles/teorías adultas). Las neurosis son la expresión conjunta de los dos polos infantiles. La salud, su opuesto.*

*Por diferentes razones, las principales corrientes post-freudianas disuelven esta oposición remarcando el carácter repetitivo y arcaico de los fenómenos psíquicos. La neurosis deja de verse como contingente y pasa a ser forzosa. Pero esto conlleva la pérdida de la psicopatología, lo cual constituye uno de los peligros actuales del psicoanálisis.*

**Palabras-clave:** Psicopatología, neurosis, vida sexual, psicoanálisis.

---

## I

Con la publicación de la biografía de Jones, la historiografía psicoanalítica se procuraba las bases de un revisionismo que no tardaría en llegar. Pasión por los orígenes que, apenas desatada, fue digerida por el movimiento intelectual de la posguerra y enarbolada como bandera de sus doctrinas reformistas, para convertirse luego, al igual que aquel hombre que diera vida al psicoanálisis, en la columna central de una revuelta a la que en realidad no pertenecían.

Emplazada a caballo entre el surrealismo de los años '30 y el postmodernismo de los '80, la generación de mediados de siglo asumió la conducción de una revolución coopernicana que ponía en jaque la racionalidad de la ciencia. Pero, en lugar de aceptar la responsabilidad que le cabía en ello, tomó por garante fiduciario al propio Freud. Aprovechando la coyuntura favorable que ofrecía una incipiente y todavía frágil elaboración histórica y exprimiendo al máximo el vacío de literatura crítica sobre los orígenes, el primer psicoanalista fue entonces metódicamente reciclado.

La imagen que se nos devolvió sobre lo hecho en la Viena victoriana tomó el camino estratégico de la *intelligentzia* transformadora que consistió básicamente en la reinterpretación de la polémica que Freud sostuvo con la anatomopatología y las teorías degenerativas de la psiquiatría que lo rodeaba, como si fuera una argumentación dirigida contra los principios racionales de la lógica científica. Alguien sentó a Popper en el sillón de Meynert y le hizo destinatario del reproche de

---

Freud. Con paso forzado, los fundamentos de este análisis se encontraron en su propia obra, la que, según se nos ha dicho más tarde, demuestra la imposibilidad estructural del hombre para el pensamiento objetivo.

Si esta reinterpretación fuera sólo un asunto meramente académico hubiera sido, sin duda, inocua. La historia reciente de nuestro movimiento indica, por el contrario, que ello no fue así. En efecto, fue en su nombre, en nombre de esta supuesta cruzada freudiana contra el saber, que se ha atacado toda posibilidad de conocimiento y que se crearon incluso después mecanismos institucionales para garantizar esta posición. Mecanismos que, a pesar de una bizarrería que roza a menudo la ridiculez, no serán denunciados fácilmente.

Ya en los preludios del siglo XXI, nos toca a nosotros y las próximas generaciones de analistas, el plantear la cuestión de saber si el inconsciente es compatible con el conocimiento y el juzgar hasta donde alcanzan sus consecuencias.

## II

Al igual que tantos otros temas que ocuparon luego un lugar central del foro de discusión entre psicoanalistas aunque que no fueran abordados especialmente por el propio Freud, no puede decirse que la gnoseología forme una parte importante de su producción. Sí lo son, en cambio, las fuentes infantiles y sexuales de los deseos de investigación.

La expansión internacional del movimiento, a finales de la primera década del siglo, reveló precozmente uno de sus dramas: cuanto más se multiplican los adeptos más se multiplican también los conflictos, cuantos más aportes a la nueva ciencia, más disidencias, cuanto más numerosa es la creatividad, tanto más aumentan las rupturas, la discordia y la incomprensión. Es situado en los albores de estas tormentas cuando Freud decide ocuparse de la investigación y del deseo de saber como un fenómeno propio a la condición humana.

¿Qué hubiera respondido si alguien le hubiera preguntado sobre el inconsciente y el conocimiento? ¿Cómo creía él que llegamos a interesarnos por el mundo que nos rodea?

Tres textos son fundamentales: el caso juanita, el de las teorías sexuales infantiles y el estudio sobre "Leonardo". Todos pueden ser vistos como un intento de responder a esa pregunta.

El primero aporta pruebas sobre los intereses sexuales de los niños, sobre el valor de la educación como factor preventivo de futuros desarrollos neuróticos y sobre el carácter genuino de los precoces ensayos de conocimiento del mundo. El segundo es una sistematización de estos resultados, una catalogación de las hipótesis inventadas por los niños y su reconducción hasta los intereses egoístas en los que

se gestaron. Por último, en “Leonardo”, retomará casi sin cambios los resultados de los esfuerzos precedentes para aplicarlos al estudio de una personalidad desarrollada, persiguiendo los destinos del ansia de saber.

Una exposición resumida de las tesis allí volcadas podría hacerse como sigue:

En un momento dado, el niño percibe el peligro de perder su monopolio en el amor de los padres por el temor al sorpresivo nacimiento de un hermanito y sospecha que la vida íntima de ellos cumple un papel importante frente a esa posibilidad. Al mismo tiempo, asegura Freud, el interés creciente concedido a su pene le lleva a intuir que este tiene alguna función en el engendramiento de un nuevo ser.

Brota entonces el primer gran interrogante: ¿De donde vienen los niños? Toda actividad investigadora encuentra en esta pregunta su impulso inicial.

Así, Freud hace depender la curiosidad infantil no de un interés intelectual frío o abstracto como se le supone al adulto, sino de uno *egoísta* relacionado con el placer sensual que las zonas erógenas – en especial los genitales – proporcionan, y con la vida íntima de los padres que son la fuente de todo conocimiento, todo placer y toda autoridad.

Pero este egoísmo no debe servir para menospreciar los empeños del prematuro indagador: el cuento de la cigüeña, por ejemplo, es una ingenuidad del adulto que no quiere reconocer en los esfuerzos del niño un interés auténtico en la comprensión de la realidad.

Freud, en cambio, hace hincapié en la honestidad de estos primeros escrutinios y otorga pleno crédito a la disposición infantil elevándola a la misma categoría que la del adulto.

No se diferencia de esta última por una cuestión de clase o de habilidad sino por un asunto dinámico. En efecto, y aquí se expone la hipótesis central de Freud sobre el problema, el niño cuenta con un handicap constitucional en su contra: *la reunión egoísta que se da entre la esfera intelectual y los procesos pulsionales que la ponen en marcha*. Ciertamente, el deseo de saber del niño responde en última instancia al anhelo de dominar una realidad inmediata para su propio provecho.

Si hasta ahora habíamos pensado que el conocimiento era la fuente en la que solo bebían los espíritus más engrandecidos, Freud nos obliga a aceptar que los orígenes de un hecho noble pueden no ser tan altruistas.

La romántica imagen del sabio que derrama su generosidad en pos del progreso de la razón se convierte así en una grosera parodia en la que un pequeño protagonista busca manipular el exiguo mundo que lo rodea empujado por unos deseos incestuosos o por un ansia egoísta de gratificación.

Así, el apetito genésico del niño obliga al intelecto a someterse a sus mezquindades, dándole un tinte prejuicioso y arbitrario.

Tal como se había adelantado en los “Tres ensayos...” (del cual el caso Juanito es una continuación) la sexualidad infantil, en tanto está bajo el influjo de las pulsiones

parciales, es anárquica en sus aspiraciones de gratificación. Cada región del cuerpo persigue su propia estimulación y proporciona su propio fragmento de placer. Cada una de estas parcelas de sensualidad se agota en sí misma, procura su exclusiva voluptuosidad y luego proporciona alivio, pero no sugiere ningún encadenamiento con los placeres contiguos a los que es, por otra parte, impermeable.

La deducción de Freud es que, siendo solidaria con ella, la esfera intelectual repite esta morfología: *el niño produce teorías tan parciales como su propia vida pulsional*, teorías parciales en la medida en que desconocen elementos esenciales que solo la reunificación posterior de la sexualidad podrá revelar: la existencia de la vagina, la diferencia de los sexos, la copulación etc. Podríamos decir pues que la palabra que mejor define los estadios pregenitales de la libido será la “*parcialidad*”, tanto para la producción de hipótesis cuanto para la vida sexual. Dicho de otro modo, a una sexualidad parcial le corresponden cosmovisiones igualmente parciales del mundo circundante.

Tenemos pues, todo derecho a pensar que aquella interpretación hecha en contra del pensamiento objetivo a la que al principio hacíamos referencia, encuentra una razón de ser en estas inferencias de Freud. Y nos gustaría así poder darla por válida: Dado que el deseo de investigar es tendencioso por su propia naturaleza, no hay ninguna razón para confiar en sus resultados.

### III

Pero las cosas no son tan simples. Así como hay dos sexualidades, la infantil y la adulta, con sus características definidas, sus tiempos y su evolución, así también – Freud quiere hacernos comprender – hay dos clases de investigadores: si por un lado están los niños, que habitan y que descubren un mundo fraccionado o parcial, por el otro están los adultos que, habiendo conjugado las superficies erógenas de su cuerpo bajo el pacto de la genitalidad, se procuran teorías imparciales liberadas del yugo de los prejuicios de la infancia. El contraste entre la sexualidad infantil y la adulta autoriza a una antítesis análoga entre la vida mental, cognoscitiva, de los niños y la de los hombres.

La asociación entre pensamiento y vida sexual vale también en el caso del adulto. De modo que, el sujeto desarrollado que ha conseguido alcanzar la plenitud de su madurez sexual, aquella madurez que persigue al mismo tiempo el placer sensual y la reproducción, ese sujeto, será capaz de poner también toda la potencia de su intelecto al servicio del conocimiento del mundo y de conquistar en él una imagen teórica acabada, cuya integridad será el reflejo de la armonía adquirida paralelamente en su condición erótica.

Solo cuando el reloj de la evolución se ha detenido y el niño resurge en las penas del adulto neurótico, la sexualidad arrastrará consigo a un intelecto cuya

mezquindad, opacidad prejuiciosa e incapacidad para el libre juego del pensamiento, revelarán las raíces infantiles de las que emana. La neurosis es comprendida por Freud como una involución hacia la infancia, como una detención patológica del desarrollo evolutivo, que perjudica tanto a la vida sexual como a las capacidades intelectuales. Pero no es un destino inexorable, no es una limitación que sufran los adultos llamados “normales”.

#### IV

Quizá todo esto pueda arrancar una sonrisa descreída en el lector actual. Los párrafos anteriores no pueden hoy más que sonar como un canto de sirenas a los que quisiéramos responder con alguna ironía. Y sin embargo es lo que seguramente hubiera dicho el propio Freud. Se trata, en efecto, de una visión muy optimista suya, heredera directa de la certidumbre científica del siglo XIX, que pone en primer plano su confianza en el saber y en las facultades del hombre para el progreso: Las neurosis son detenciones evolutivas que podrán un día revertirse, la ciencia psicoanalítica esta llamada a contribuir en esta liberación del ser humano de su yugo neurótico y, aunque queda aún mucho por hacer, es razonable esperar que ellas, junto con los prejuicios sexuales e intelectuales, disminuyan.

El racismo, los nacionalismos, la parcialidad doctrinal, la inmensa concentración de necesidad humana que explotó en Europa a mediados de la segunda década del siglo, no son, para el Freud de esta época, más que manifestaciones de neurosis, resabios de aquellas viejas construcciones de la niñez que el psicoanálisis puede denunciar. También las resistencias al psicoanálisis, los ataques a su objetividad como ciencia, son la prueba de una evolución fallida, que no ha dado lugar a la madurez intelectual.

Víctimas de la represión sexual, viciados por las imposiciones de un cuerpo castigado con la abstinencia, los hombres librados a tales acciones no pueden conducir sus propios juicios de valor sin ser sugestionados por la terquedad de la sexualidad infantil a la que se someten y por ello no merecen siquiera contestación, ni defensa, en sus ataques.

Al contrario, el verdadero pensamiento es el pensamiento *emancipado* de la pulsión. Aquel que desvincula, en el adulto normal, los objetivos de su intelecto de las necesidades primarias de satisfacción. De ahí la esperanza inicial puesta por Freud y sus seguidores en la educación como medio preventivo de neurosis.

Pero luego vino el horror de las guerras, de las muertes absurdas y las ciudades destruidas, de una Europa presa de la sinrazón, dominada por la más supina opacidad intelectual de sus pueblos y en sus gobiernos, que terminará por derribar aquel viejo optimismo de la pulcra era victoriana. Freud vio demolerse estas expectativas poco a poco, a lo largo de los últimos 15 años de su vida. Aunque mantuvo sin embargo

su esperanza en el cambio transportándola a un futuro cada vez más lejano. Pero no vivió lo peor, no asistió al holocausto.

## V

Las cosas tenían que cambiar y cambiaron. La gran guerra dejó en su estela una huella distinta de la marcha psicoanalítica. Varios fenómenos concurren en el nuevo centro mundial de producción teórica, la *British Association*, para invertir los valores de estas primeras opiniones de Freud. La desilusión y el horror de las guerras junto con un brusco cambio de orientación en el modelo de las ciencias humanas, terminaron definitivamente con aquel optimismo con que Freud pintaba la madurez.

Los analistas de influencia kleiniana se olvidan poco a poco de la oposición freudiana adulto-infantil y una idea nueva comienza a dominar el pensamiento psicoanalítico: el niño puede tener aspectos adultos y el adulto puede tener partes infantiles.

Tanto se transforma aquella vieja oposición que en los años '50 el paradigma es el psicoanálisis de niños, los adultos son analizados con los criterios obtenidos en la sala de juegos de los pequeños pacientes. Todo análisis es, a partir de entonces, un análisis de niños.

Si en la primera generación se lucha contra la negación de la sexualidad infantil, en la segunda los analistas se parapetan en ella y desmienten la existencia de una sexualidad adulta. Lo que arrastra consigo el rechazo de una vida mental independiente, de una capacidad intelectual emancipada.

Una de las consecuencias primeras de la reificación del modelo infantil es que las nuevas vías de investigación apuntan cada vez más a una concepción de la neurosis como constitucional y no como detención en el desarrollo que, por lo demás, deja de verse ya como posible. Lo que se llamaba un adulto "normal" no es ya ni siquiera imaginable.

Es esta una evolución muy compleja que por razones de espacio no tenemos la posibilidad de profundizar aquí, nos contentamos pues con esbozar sus lineamientos más generales aún a riesgo de parecer un tanto esquemáticos.

Aunque la tendencia a considerar la neurosis como el estado más normal posible va en continuo aumento, convive todavía con ella la vieja idea, un poco más suave, según la cual entre lo normal y lo patológico hay un asunto cuantitativo más que cualitativo. Pero lo que cambia profundamente la percepción de la condición humana entre los años '40 y '60 es la convicción de que la realidad, las representaciones de la realidad, no pueden darse sino bajo la mediación de los fantasmas de la infancia.

Klein inaugura una época en la que la fantasmaticización se integra dentro del espectro de los fenómenos llamados "normales" contraponiéndose con Freud quien

la oponía como un destino patológico de la libido frente a la salida normal en los objetos de la realidad.

La vanguardia inglesa impone un principio según el cual el hombre no podrá nunca librarse de una fantasía inconsciente a través de la cual se relaciona con la realidad y que le impide todo carácter objetivo. El niño, en definitiva, perdura inconscientemente en toda producción humana, de modo tal, que toda teoría es siempre, en última instancia, una teoría infantil.

Se trata de un golpe insospechado, incluso por sus mismos protagonistas, contra la imagen de evolución progresiva a la que se aferraba Freud: el adulto no podrá jamás desembarazarse del niño que lleva dentro.

## VI

Tiempo más tarde, en la Francia de los años '50 y '60, la defensa de las cualidades adultas y el premio de la madurez como coronación de un proceso evolutivo, parecen pertenecer directamente a la prehistoria de un movimiento intelectual.

Lacan, saliendo de una formación kleiniana y fascinado por el estructuralismo levi-straussiano, retoma una interpretación de Freud innovadora aunque no siempre correcta en cuanto a sus pretensiones de retorno. La libertad intelectual, la objetividad, que Freud aspiraba a encontrar en el fin de una evolución pulsional y que había sido puesta entre paréntesis por Klein, es ahora frontalmente atacada por Lacan.

Influido no solo por Lévi-Strauss sino también por Breton, luego por Hegel y Kojève, por Althusser, por el estructuralismo y el éxito de la semiótica, Lacan termina por pensar que la neurosis es una estructura, uno de los destinos del hombre, un laberinto sin salida en donde el progreso es solo un espejismo.

La comunión entre el deseo y el lenguaje, entre pulsión y significante, llevará al maestro francés a postular la distinción entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación de la que germina después el clivaje estructural responsable de la ineptitud del parlêtre para agenciarse la verdad.

De esta forma, toda palabra pronunciada, por el solo hecho de estar dirigida a un Otro, es ya transferencia en la medida en que produce un efecto de sentido que atrapa imaginariamente al sujeto que habla.

El significado temporalmente desaparecido por efecto de la represión, para Freud, desaparece ahora definitivamente, por estructura, para Lacan.

Acaso la imagen más acabada sobre esta certitud del francés aparezca con la postulación de la inexistencia del metalenguaje, que elimina para siempre la posibilidad de una teoría emancipada como la deseaba Freud. La destrucción del metalenguaje implica la pulverización del conocimiento mismo porque toda teoría se convierte

en puro deseo. Durante más de cuarenta años, hablar en París de “yo”, de “conocimiento”, de “realidad”, fue convertirse en objeto de miradas piadosas.

Por ello, si líneas más arriba decíamos que para Freud las características del investigador infantil las daba la estrecha dependencia entre los procesos pulsionales y los intelectuales, dependencia que no existía en el adulto, para Lacan, última etapa del paradigma psicoanalítico, no hay teoría, no hay siquiera un simple enunciado, que no sea la pronunciación de un sujeto deseante, no hay teoría que no sea infantil, no hay emancipación posible del intelecto.

Si con Klein cobra fuerza una cosmovisión neurótica de la especie humana por su infranqueable dependencia del fantasma inconsciente, la aparición de Lacan no hace más que exasperar esta disposición. Al hacer coincidir *el acto mismo de la palabra* con la neurosis, encadena la existencia humana a una condición que, en tiempos de Freud, solo se reservaba a algunos pobres sujetos desdichados.

Acaso podríamos llamar a este proceso la “degradación del sujeto maduro” en la literatura psicoanalítica.

## VII

Pero el contraste evidente con el viejo sistema freudiano nos deja parados frente a una disyuntiva: o bien la teoría no puede existir más que como un espejismo del discurso; y entonces caemos en un abismo del tipo “todos los cretenses mienten”; o bien se acepta la existencia de un metalenguaje teórico, pero corriendo el riesgo de canjear el libre pensamiento del psicoanálisis por una ética.<sup>1</sup>

Aunque ninguno de los dos caminos que se nos ofrecen resulta satisfactorio, el rechazo epidérmico manifestado por la generación de los sesenta hacia cualquier tipo discriminación, llevó a elegir, compulsivamente, el primero.

Supimos de entrada los riesgos de asumir una posición clásica, pero desconocimos las consecuencias, mucho más profundas todavía, de haber adoptado la contraria.

La destrucción del metalenguaje no tiene afecto solo para una epistemología, o una gnoseología psicoanalítica, sino que es como un agujero negro en donde va a desaparecer también la psicopatología.

1. En el sentido en que nos veríamos obligados a escoger, a *juzgar*, cuales teorías son válidas y cuales no. Qué es metalenguaje, que es objetivo, adulto, y qué no. Como hemos señalado, la Europa de la posguerra no podía dejar de plantear problemas la relación del psicoanálisis con la ética por la compartimentación que separaba ideológicamente a los movimientos intelectuales. La reacción contra los intentos de hacer un “psicoanálisis nacional”, no podía manifestarse de otra manera que purificando al pensamiento psicoanalítico de toda sospecha de sustentación de un sistema de valores.

Efectivamente, parece bastante obvio que nuestra disciplina tiene que interesarse principalmente por aquellas cosas que puedan ser modificables mediante nuestra intervención, pero, si el conflicto no está en el sujeto sino que es inherente a su condición, si la causa del síntoma no se aloja en aquel que padece sino en una entidad supra-individual, entonces la neurosis es irreversible y el psicoanálisis no tiene razón de ser, como no sea a la manera de la astronomía que se contenta con observar y describir sin que le sea dado modificar nada.

Es la *pertinencia* misma del psicoanálisis como fuerza transformadora la única brújula que nos puede guiar por entre la niebla del escepticismo metódico.

La ascensión de la neurosis al rango de estructura coagula una idea que se había ido gestando poco a poco dentro la escuela inglesa: La impresión del carácter circular de la historia, que surge de la infantilización del psicoanálisis, desemboca en una interpretación estructural del desarrollo que contrapone lo lógico a lo cronológico haciendo prevalecer así una tópica por sobre una dinámica.

Pero no asume los riesgos de este compromiso: ¿Qué influencia puede tener una humilde y contingente interpretación contra todo el plan universal?; ¿Porqué iniciar un camino psicoanalítico si el sufrimiento no es un dato sino una pre-condición?

El nihilismo militante de posguerra es la exasperación del pesimismo tardío de Freud, aquel de *El malestar en la cultura*, un cóctel explosivo que mina la esperanza en la rectificación, inherente al pensamiento de Freud y vuelve redundante y casi pueril la palabra “psicopatología”.

En efecto, la paradoja entre deseo y saber desenterrada por Lacan sólo rinde sus frutos si es interpretada como una *problematización*, como el intento de fundación de un campo epistemológico propiamente psicoanalítico. Se convierte en un escollo insuperable, en cambio, cuando se la toma como *solución* y se la adopta como la norma que regula tanto el funcionamiento como la transmisión del psicoanálisis.

El árbol de la psicopatología necesita hundir sus raíces en la tierra de las causas patógenas para poder sobrevivir, una universalización radical de lo neurótico, incluso una neurotización misma de la condición humana por causa de su sujeción al lenguaje, marchita la semiología del conflicto neurótico y esteriliza tanto la experiencia como la transmisión: vuelve imposible todo trabajo.

El matrimonio feliz entre la práctica y la investigación, que era tan grato a Freud, se disuelve así prematuramente y nos deja a todos con la impresión de firmar la capitulación final para una batalla apenas comenzada, hace nada más que cien años, por un heroico combatiente de Viena.

**Resumos**

*A oposição adulto/infantil de Freud, concerne, por um lado, à vida sexual (sexualidade infantil/sexualidade adulta), por outro, às capacidades cognoscitivas (teorias infantis/teorias adultas). As neuroses são a expressão conjunta dos dois pólos infantis. A saúde, seu oposto.*

*Por razões distintas, as principais correntes pós-freudianas dissolvem esta oposição, remarcando o caráter repetitivo e arcaico dos fenômenos psíquicos. A neurose deixa de ser vista como contingente e passa a ser forçada. Porém, isto leva a perda da psicopatologia, o que constitui um dos perigos atuais da psicanálise.*

**Palavras-chave:** Psicopatologia, neurose, vida sexual, psicanálise.

*L'opposition adulte/infantile chez Freud concerne, d'un côté, la vie sexuelle (sexualité infantile/sexualité adulte), et d'un autre les capacités cognitives (théories sexuelles infantiles/théories sexuelles adultes). Les névroses sont l'expression conjointe de ces deux pôles infantiles. La santé mentale, le contraire.*

*Par plusieurs raisons, les plus importants courants post-freudiens ont abandonné cette opposition tout en remarquant le caractère répétitif et archaïque des phénomènes psychiques. La névrose n'est plus considérée comme contingente, elle devient inévitable. Mais ceci amène à perdre la psychopathologie, un des dangers actuels de la psychanalyse.*

**Mots-clef:** Psychopathologie, neuroses, vie sexuelle, psychoanalysis.

*The opposition between adult and child in Freud's theory concerns: on the one side, sexual life (child sexuality/adult sexuality) and on the other hand, cognoscitives faculties (child theories/adult theories). The neurosis is the double expression of the two child poles. Mental health is it's opposite.*

*For many reasons, this position has been abandoned by post-Freudians theories who find psychological phenomenon repetitive and archaic. The neurosis won't be considered any more as contingent but as inevitable. This point of view makes psychopathology disparate, which is one of psychoanalysis dangers now a days.*

**Key words:** Psychopathology, neurosis, sexual life, psychoanalysis.